



Si lográbamos dar esquinazo

[1]

a esta buena señora tan cargante y convencer a Ifigenia, una prima lejana de una de las hijas de la cuñada de la de Zabala – que tenía más, porque se había casado varias veces, pero prima lejana de Ifigenia nada más que una –, de que aprendiera a montar a caballo o vestirse por lo menos y aunque nada más fuera en plan de atrezo de amazona, no “tendríamos, en evitación de claustrofobias o de vértigos – consideró Germán Mancuerna, el propietario de la tienda de ultramarinos de dos calles más arriba y de una inteligencia que le hubiese permitido (en opinión de su madre) hacer una carrera de lustre y ser tratado de don –, que subir ni que bajar” sino lanzarnos, tranquilamente según él mientras cortaba en rodajas finitas cien gramos de salchichón para la de Brumoso que lo quería para la merienda de sus niños, a galope tendido con el cabello al viento moviendo, él, con mucha convicción su cabeza y, a risa, a la cocinera de don Atiliano a la vista de su cráneo mondo y tan liso como una bola de billar.